



EL ECO DE CARTAGENA

AÑO XXXV

DECANO DE LA PRENSA LOCAL

NÚM. 10806

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN

En la Península.—Un mes, 2 ptas.—Tres meses, 6 id.—Extranjero.—Tres meses, 11'25 id.—La suscripción se contará desde 1.º y 16 de cada mes.—La correspondencia a la Administración.

REDACCION Y ADMINISTRACIÓN MAYOR 24

VIERNES 8 DE NOVIEMBRE DE 1895

CONDICIONES

El pago será siempre adelantado y en metálico ó en letras de fácil cobro.—Corresponsales en París: A. Gorette, rue Caumartin, 61; y J. Jones, Faubourg-Montmartre, 31.

Recolección

Prensas para vinos, moderno sistema.—Bombas Noel y otros sistemas para trasiego.—Azufreadores, catadores y demás utensilios necesarios al vinicultor.—Desgranadoras de panizo (6 fanegas por hora).—Embudos automáticos.—Tijeras para vendimiar, poda, etc.—Arados de vertedera.—Espino artificial.—Palos, azadas, legones, todo acero.—Carretillas y wagonetas.

INSTALACION DE RIEGOS

C. Pérez Turbe.—Plaza de Castellini, 12

SILUETA.

Los primeros fríos.

El frío, según dice un astrónomo que está en liquidación, no respeta las categorías sociales.

Lo mismo ataca a los senadores por derecho propio, que a los que, sin derecho, viven de la mendicidad y pernoctan en la vía pública.

Hay, sin embargo, personajes políticos que ni sienten frío ni calor.

Con esos no se atreven los fríos, ni con los poetas tampoco, porque el calor de la inspiración les guarda.

Hay literato que en cuanto siente el vienteillo del Guadarrama, escribe una oda, llamándole *abrego, curso y aquilón* y es claro, el pobre Bolo se asusta, y para que no le pongan *moles* huye de esos caballeros.

La poesía siempre abrigó mucho. Yo tenía un amigo que llevaba en el pecho el original de un romance que compuso, y decía que le abrigaba más que un gabán de pieles.

Cuestión de opiniones, porque a otros la lectura de alguna obra poética los deja helados.

En estos momentos hay en Madrid seres afortunados que poseen cinco duros y que no saben si gastárselos en una bufanda o en un tomo de poesías de Grillo. Todo

calorífera, como dice una señora muy culta, a quien yo trato, aunque con vilipendio.

El frío protege a los prestamistas, que son los dueños de todas las capas sociales.

Y no hay más remedio que desahogar los abrigos, pagando un interés módico. Por una capa en buen uso dan treinta reales y para desempeñarla hay que pagar ochenta y sufrir una porción de vejaciones.

—Esta capa tiene polilla—dice el humilde cliente del prestamista, reconociendo la prenda que vuelve a su poder.

—Ud. si que está *apolillao*. ¡Vaya una capa! No parece sino que cuando Ud. la trajo era de púrpura...

—Pero no tenía estas manchas verdes que le han salido cerca de la esclavina...

—Será de vergüenza de verse con otras de menos categoría social.

Las esteras cuestan también mucho dinero, y eso que hay hombres económicos, que las hacen por sí mismos, con estropajos usados, y las colocan después y les sale casi gratis.

De caloríferos no hablemos. El brásero continúa gozando de gran popularidad.

Se usa con y sin tarima.

Algunos bráseros, parecen montes de nevada espuma, gracias a la ceniza.

La pobreza y el frío son enemigos mortales.

Sin embargo siempre van juntos.

¡Dios se apiade de nosotros, los que no tenemos más piel que la natural y esa mermada y escarnecida!

R. M.

Microscópicas

VIVIR DE MILAGRO.

No ha hecho más que llegar a España,

na, procedente de la campaña de Cuba, y ya han comenzado a hablar de él los periódicos.

No se trata de un general lustre, ni de un jefe ó oficial distinguido, ni siquiera de un sargento ó de un cabo: se trata simplemente de un pobre soldado de infantería de marina, que en día no lejano arrancó a la patria un grito entusiasta y al mundo entero otro grito de angustia.

Su jefe lo puso junto a la línea de Gíbara, con siete compañeros, para defenderla, y allí se estuvo dispuesto a todo y contra todo.

A poco salió, del monte el enemigo. Como espantoso alud se descolgó de la ladera al llano, atropando el espacio con sus gritos feroces y cayendo sobre el infeliz soldado, que se defendió bravamente con la bayoneta, lo dejó convertido en montón de despojos sangrientos.

Tendido en el camino, abandonado, lleno de harro y sangre, pasó la noche, que debió ser para él noche tremenda de agonía, si algo caliente no viniera en su ayuda.

Cuando sus compañeros lo recogieron de entre el fango a la mañana siguiente, y lo llevaron al hospital, apareció el médico diez y ocho heridas de machete, tajos tremendos dados con furia, que llegaron a descubrir los huesos.

Allí, en la triste sala del hospital de sangre se ha librado una lucha tremenda; batallando el médico, por ganar las posiciones ventajosas que en el débil cuerpo del soldado había tomado la muerte; las fue ganando una a una, con el mismo tesón con que defendió la línea de Gíbara el humilde soldado de marina.

Cuando pasados algunos años oyente al amor de la lumbre, en las frías noches de invierno, sus aventuras el soldado, su relato parecerá patraña.

Pero bastará que el narrador descubra su cabeza y su cuerpo, para que el auditorio se convenza de que el humilde al par que valiente militar, vive de milagro.

RAUL.

A LOLA

Carta que anteayer mañana un amigo me leyó y que creo dirigió a una chica sevillana,

«Vecinita, yo no sé si fue placer ó alegría lo que pasó por mí el día que la contemplé. Al ver su cara divina, ese tallo, ese salero, y ese andar tan saundanguero, dije: ¡soberbia vecinita! Y logré que la portera (mi criada, no la nombra) me revelara su nombre, su vida me refriera. Ya de mis preguntas harta, la mujer me despidió... y entonces decidí yo dirigir a usted esta carta. Dicho y hecho: algo después la ponía en el correo; y con ésta, según creo, habrá recibido tres. Y este es vecinita el instante que no sé si es pensamiento, ya no aguanto si un momento ese silencio inquietante. Hija usted de una ciudad en que todo es alegría, algazara y poesía, también sabrá amar, ¿verdad? Y como he oído decir que es usted un adelantado, me figuro, por lo tanto, que ha de saber escribir. Hagáme, pues, el favor de contestar en seguida, que está pendiente mi vida vecinita, de su amor. Y si usted, no me contesta diciéndome no sé, le juro a usted, desde aquí, quedarme sin la respuesta...»

Andrés G. del Castillo.

TIJERETAZOS

El gobernador de Madrid ha detenido y enviado a los pueblos de su naturalidad, a millar y medio de mendigos.

¿Se enteró el Sr. Cendra?

Aquí sobran también mendigos forasteros.

Y podíamos descartarnos de ellos como se ha descartado el gobernador de Madrid.

Con esto de los mendigos nos equivocalmos de una manera lastimosa.

Como se ha dicho que la caridad no

reconoce patria ni fronteras, hemos creído, ó han creído los mendigos, que la mendicidad tampoco las reconoce.

Sin embargo las tiene.

Los límites de la mendicidad están marcados por lo que alcanza a socorrer la limosna.

Y cuando se ha llegado a ese límite y se ha pasado, hay que usar el procedimiento nuevo en práctica por el gobernador de Madrid.

¿Se va enterando el señor alcalde?

Es cosa fuerte que así que se revela un traidor se le busque patria en España, como si esta tierra fuese patria de traidores.

Ya le han buscado patria en Burgos al cabecilla Rabi.

Y familia, también.

En periódico que se le llama *los* dice que Rabi es hermano de un dignísimo oficial del ejército, cuyo nombre calla por no lastimar a dicho oficial.

De la misma manera, ha podido ser periódico callar la patria del cabecilla, para no lastimar el nombre español, en el supuesto de que Rabi hubiese nacido en España.

Pero de eso se puede decir lo que decía el campanero:

—Ni usted es mi compadre, ni ese es el camino del puerto.

Rabi es un indio de torpe y como, y un separatista de la peor ralea.

¿Se enteró el diario burgalés?

NOTAS

Ann no no se ha hecho fur en la cuestión política, ni se ve con más claridad en la cuestión guerrera.

El general Martínez Campos sigue haciendo públicos sus propósitos. Después de decirlos a «El Imparcial» los ha dicho a «El Heraldo» y a un redactor del «Times».

En este punto hay claridad grandísima; pero no resulta claro lo ocurrido entre el cabecilla Rabi y el coronel Valle, en el momento de entregarse al primer al segundo los quince prisioneros de Ojo de Agua.

¿Qué piensa el gobierno de estas cosas?

No se sabe. Los ministros, especialmente

ERNESTO MALTRAVERS.

191

—El signore va a partir, ser; ah! Dios...! todo un súbito!

—Adi! ah...! y dónde va?

Ferrera saltó por encima de aquel caos de viaje y entró sin cumplimento en el cuarto de Ernesto, que encontró hundido en un sillón, con los brazos caídos sobre las rodillas, la cabeza inclinada expresando en toda su actitud dolor y abatimiento.

—¿Qué es lo que hay, mi querido Ernesto? ¿Habeis matado alguno en duelo?

—No.

—¿Qué hay, pues? porque os marcháis? dónde vais?

—Poco os importa, dejadme tranquilo.

—Esto es muy amistoso, muy cortés... Y qué va a ser de mí? ¿qué compañero tendré en esta madriguera de anticuarios y lanzarón? Ya veo que no tenéis sentimientos, señor MaltraVERS.

—Queréis venir conmigo? dijo Ernesto, procurando, aunque en vano, recuperar su imperio sobre mí mismo.

—Pero dónde vais?

—A cualquier parte... a París... a Londres...

—No; ya tengo arreglada mi campaña de vera no... No soy tan rico como ciertas personas; detesto las mudanzas, que, además, son muy dispendiosas.

—Pero, amigo querido...

—¿Pero, esto es proceder bien conmigo? interrump.



CAPITULO V

Cuando Lumley Ferrer volvió aquel día de su paseo a caballo, se quedó sorprendido al ver que todas las entradas y la mitad de la vivienda, que ocupaba en común con Ernesto, se hallaban embarradas con baules, sacos de noche, maletas y libros, y que el ayuda de cámara de su compañero, estaba dando órdenes a varios esportilleros en la lengua que él había formado; una especie de mosaico compuesto de francés, de inglés y de italiano.

—¿Y bien, preguntó Lumley, qué significa todo esto?

ERNESTO MALTRAVERS.

187

olvidar que estábamos formados de un barro muy frágil. Todas estas visiones se han disipado repentinamente, el pasado de las vidas se ha hundido y yo he despertado en los bordes del abismo. Me habláis de amor, MaltraVERS, me lo habéis declarado y esta fatal declaración ha hecho caer la máscara, he examinado mi corazón, he visto que habéis llegado a serme muy caro... Por favor, un momento más de atención. No os hablaré de las emociones, de los combates que he sufrido en estas últimas horas, la crisis de una vida entera. Solamente os diré la resolución que he adoptado. He creído deber haceros esta confesión de mis sentimientos, no la he juzgado indigna de mí, quizás hubiera sido más confesiva la declaración de mi amor, pero no, pero en la contestación de mi corazón hay algo de varón. Tengo una fe grande en vuestro carácter noble, y no os he ocultado, habéis contestado con los principios menos vituperables de nuestras flojezas y no dudo confesar que os amo, me abando de vuestra generosidad. Os ruego que poséis vuestro apoyo al sentimiento de rectitud que vive en mí, os ruego que penséis bien de mí, que sepáis apreciarme, y me dejéis.

Al terminar Valeria esta confesión trágica y singular, su voz había adquirido una sensibilidad que conmovía. A pesar de cuantos esfuerzos hacía, la ternu-